



Jonás

Ismael Delgado

Estudiante de 6° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

¿Quién era ella? Se preguntó Jonás, pensó que tal vez estaría soñando, y es que nunca había visto a una mujer así. Bueno, una mujer para él. Ella era Casandra, la chica nueva del salón.

Ella venía, según se enteró Jonás, de una secundaria del norte, de un lugar tan lejos de su mundo, que seguramente jamás habría sabido de ella si su familia no se hubiera cambiado de domicilio.

Esa tarde Jonás se pasó contemplando lo que pensó era la mejor de las visiones y pellizcándose constantemente el brazo para cerciorarse de no estar soñando.

Su mundo, que hasta ese entonces giraba en torno a los cómics, al inseparable balón de fútbol y a sus primeras y tímidas intrusiones dentro de su sexualidad, se habían vuelto de pronto algo aburrido, y en ese preciso instante de ensimismamiento, sólo pasaba por su mente la idea de poder conquistarla y conseguir de esta manera su primera novia más o menos formal aunque, como muchos, ya había tenido una novia en la primaria, pero ésas no cuentan, ésas “son de dulce”.

Y pasaron los segundos y éstos se hicieron minutos, y éstos a su vez constituyeron por fin las seis horas de clase necesarias para el final de la jornada escolar, y sin haber cruzado palabra alguna con ella, sonó la chicharra que marcó el final del primer día. “Mañana”, se dijo. Y sí, en efecto, pero no pensó que en el mañana también sería difícil, y aunque lo intentó, Jonás nunca logró nada, sólo repentinas miradas a las que llegó a trocarles el sentido; algo inexistente.

De ella no puedo decir gran cosa, pues nunca la conocí, o mejor dicho nunca la miré, sólo puedo contar que era demasiado bella, según escuché a Jonás; decía que sus labios eran perfectos y que su sonrisa era lo que lo motivaba a seguir con sus pretensiones. La verdad es que no sabría describir a Casandra, pues seguro caería en demasiados errores, sólo puedo decir que lo ponía muy nervioso.

Lo que sí sé, es que todo el empeño y las atenciones que Jonás procuró, sólo le granjearon el agradecimiento y la oferta de una amistad, que a esas alturas ya era demasiado. Jonás tardaría mucho tiempo en darse cuenta que él no era el chico con el que todas las mujeres sueñan, que sólo era uno más, y que si quería



dar ese pequeño gran paso debía hacer algo distinto, algo que de cualquier manera jamás conseguiría.

A raíz de su primer encuentro con el amor, Jonás dejó de ser el mismo, sus fines de semana que consistían en videojuegos y salidas ocasionales al cine, pasaron a ser sólo tardes de sueños, tardes donde el Jonás triste y desdichado se transformaba en el príncipe que toda mujer trae en la cabeza (al menos eso creía), en el héroe al que su Casandra aspiraba (al menos dentro de las cuatro paredes de su habitación podía llamarla suya).

En su cuarto, Jonás era feliz, aunque ocasionalmente salía de su mundo onírico para estrellarse con la realidad. Quería que Casandra supiera que a pesar de no ser un príncipe, era un hombre capaz de virar el universo en su favor tan sólo por verla feliz. Pero, “¿cómo se lo explico?”, “¿cómo le explico que los príncipes azules y finales felices son tan sólo historias para dormir, y que en realidad nadie llegará de rodillas a decirle que la ama?” “¿Cómo le hago entender que a pesar de merecer al hombre perfecto, éste jamás llegará, porque sencillamente no existe?” Sobra decir que nunca supo cómo decirle que debía aspirar a hombres menos perfectos, ¡hombres reales, caray!

En verdad era triste escucharlo y más triste era que de todo me echara la culpa, siempre decía que yo era el culpable por haberme fijado en ella, ¡pero yo de qué rayos soy culpable! A mí ni me interesa Casandra. Yo estoy demasiado ocupado en latir sesenta veces por minuto como para fijarme en una mujer que ni siquiera he mirado. Quién sabe de dónde vengan esas ideas de que nosotros somos los responsables del amor, como si el oxigenar la sangre de todo un cuerpo no fuera suficiente trabajo como para que además nos achaquen esas cosas del amor de las que sencillamente no entendemos ni jota.

Por eso haré una huelga de latidos, bueno, es más bien un paro obligatorio, y es que el muy torpe de Jonás, harto de tantos desdenes, ha decidido suicidarse, y para colmo, yo no tengo voz ni voto en esta decisión, a mí nunca me preguntó este necio cabeza dura si estaba de acuerdo, pero de qué me quejo, si los hombres aún no aprenden a escuchar a sus corazones.



CONTRASTOGRAFÍA, JESHUA REYES.



Demonios en la noche, Jeshua Reyes.